

Marianne Schlosser, *Erhebung des Herzens. Theologie des Gebetes*, «Kompendium theologie der spiritualität, 2», EOS, Sankt Ottilien 2015, 288 p., ISBN 978-3-8306-7717-8, € 19,95.

Recensión de Christof Betschart, ocd
publicada originalmente en alemán en *Teresianum* 69 (2018/1) 286-288

Marianne Schlosser, profesora de teología de la espiritualidad en la Universidad de Viena, dedica su libro al núcleo de la vida espiritual. Siguiendo a Evagrio Pónico y a Juan de Damasco, describe la oración como relación personal con Dios como un «elevar el corazón a Dios» (130). Según los primeros Padres de la Iglesia, esta elevación no debía entenderse principalmente de forma activa como anábasis o ascensión, sino de forma receptiva como análepsis o elevación. Además, según Agustín en sus *Enarrationes in Psalmos* 85, no es un cambio local, sino un movimiento de la voluntad (249).

El presente volumen, «desarrollado a partir de la enseñanza universitaria» (7) quiere –como sugiere el título de la serie «Compendio de teología de la espiritualidad»– impartir principios básicos, pero al mismo tiempo también inducir a la propia reflexión y ofrecer alimento para misma la oración. En la primera de las tres partes del volumen, se estudia la oración en las Sagradas Escrituras, en la segunda se profundiza sistemáticamente y en la tercera se trabaja de forma práctica con consejos. Un detallado apéndice (177-263) con textos de los dos milenios de cristianismo, que se corresponden con los temas tratados en las tres partes, completa el volumen e introduce el mundo del pensamiento de las grandes oraciones. Además del criterio temático, ha sido importante que Schlosser, en su selección, tradujera por primera vez algunos textos al alemán y los hiciera así más accesibles.

La teología de la oración de la autora es específicamente cristiana. La oración como un acto religioso básico del hombre (15) es vista como un acontecimiento dialógico y lingüístico en la perspectiva de la fe. En la primera parte, la bíblica (25-97), trata de las oraciones del Antiguo Testamento como modelos de oración de muy diferentes tipos: súplica, agradecimiento y alabanza, arrepentimiento y confesión de culpa, lamentación o simplemente mirar a Dios (37-40). Luego se toman los salmos como una expresión versátil de las formas de oración tratadas –también, por ejemplo, en la difícil cuestión de rezar los llamados salmos de maldición (46-50)– y se interpretan alegóricamente en relación con Cristo (41-43). En el NT, Jesús es presentado en la práctica de la oración de la Iglesia primitiva como el orante por excelencia y como el maestro de oración. A esto le sigue un detallado comentario sobre el Padrenuestro, en la línea con una larga tradición (69-96): a partir de las tres versiones de Mt 6, Lc 11 y *Didaché* 8, el acento se pone primero en el dirigirse al Padre como expresión de una relación familiar, para examinar, desde este punto de vista, las «oraciones de tú» (santificado sea *tu* nombre,

venga *tu* reino, hágase *tu* voluntad...) y las «oraciones de nosotros» (danos hoy *nuestro* pan de cada día, perdona *nuestras* deudas, no *nos* dejes caer en la tentación).

La segunda parte, sistemática (99-144), trata primero de los diferentes tipos de oración (99-128), especialmente la alabanza y la acción de gracias, y sólo después se ocupa de la petición, con la cuestión de la respuesta a la oración desde la providencia de Dios. Siguiendo a Tomás, que se cuida de no poner en el mismo plano la acción humana y la providencia de Dios, la oración de petición considerada como «la forma en que Dios da, no la causa de su decisión de darse a sí mismo» (118). La adoración se considera como una respuesta a la santidad divina, especialmente en forma de adoración eucarística, revivida hoy en día sobre todo entre los jóvenes (124-128). Schlosser pasa a continuación a examinar los diferentes modos de realizar la oración (129-144). En primer lugar, se señala la necesaria coherencia entre la oración oral y la interior, siguiendo a Teresa de Ávila, y luego se examina la dialéctica entre la meditación (*Betrachtung*) y la contemplación (*Beschauung*). Si por meditación se entiende la meditación activa y decidida sobre un objeto (137) y si por contemplación se entiende un «conocimiento experimental del amor de Dios» (Buenaventura, citado 138), entonces la contemplación puede considerarse como el cumplimiento de la meditación, pero no como si la vida cristiana pudiera medirse por la contemplación libremente dada. La *caritas* es y sigue siendo el criterio para ello. La *lectio divina* se destaca como una práctica tradicional de la oración, renovada hoy en día (140-142).

La oración cristiana no es una técnica, pero se pueden dar consejos (146-147). La tercera parte, práctica (145-176), sitúa el evento de la oración en el espacio y el tiempo. Aunque no se adore exclusivamente a Dios «en el Garizim o en Jerusalén» (Juan 4, 21), hay espacios reservados para la oración como iglesias, lugares de peregrinación o simplemente un rincón de oración. La regularidad de ciertos tiempos de oración es también un prerrequisito para hacer gradualmente de toda la vida una oración permanente. Las posturas y gestos exteriores de oración pueden apoyar esto como una expresión de una plenitud interior: de pie o sentado, arrodillado, extendiendo las manos o signándose con la cruz. Finalmente, algunos consejos se refieren al recogimiento frente a las inevitables distracciones. Es precisamente en la aridez donde se revela el amor y la fidelidad de la persona que reza.

Incluso las cuestiones difíciles, como rezar los salmos de maldición, la respuesta a la oración de súplica o, en general, la dificultad de rezar, no se trivializan. La claridad, la constante y versátil referencia a las fuentes y la conexión entre la teoría y la práctica son cualidades particularmente loables de esta teología de la oración.